Dintel

La muerte es como un viaje

Josué Altamirano Alberto*

A Carmen:

«…Pues en verdad la vida es una especie de viaje y la muerte es el fin del mismo, en que uno descansa y recupera fuerzas para comenzar una nueva aventura.»

Ángel Alonso Salas.

Hoy regresé a mi vieja ciudad después de varios años, desde que decidí salir a buscar nuevos rumbos. Cuando cientos de ilusiones pudieron más que mi miedo a dejar atrás a mi escasa familia, a mis amigos y a mis vecinos. Regresé no tanto por gusto, sino porque hoy en la mañana recibí una llamada que me informó que Elsa, la mamá de Carmen, había muerto anoche después de varias semanas de internada en el hospital a causa de un aneurisma. Carmen es una de mis amigas de cuando era chaval, de esos tiempos cuando el mayor miedo que podíamos tener era a una madre enfurecida gritando porque ya era demasiado tarde como para estar afuera de la casa o debido al poco interés que la tarea nos causaba. Esos tiempos eran de mero goce; Carmen era muy diferente a la mayoría de las niñas de mi colonia, muchas veces tuvimos que ir a recogerla de en medio de la calle y llevarla a su casa, debido a sus arriesgadas caídas que sufría a causa de andar trepada en cuanto camión de gas, agua, escombros o lo que pudiera darle un loco aventón; también teníamos que consolarla debido a las constantes trifulcas en las que se enredaba por defender el honor de la palomilla, puesto en tela de juicio por los vecinos de calles colindantes, lo que la hacía, a ojos de todos, una marimachona, «ni a los perros les tenía miedo».

Para mí, significaba mucho más que eso, ella fue la primera mujer que besé, y no fueron besos ingenuos, eran besos donde conocí cómo una mujer desea y se apasiona. En ella fue donde mi escaso y poco desarrollado cuerpo saboreó lo oculto y delicioso de la excitación. Para los demás todo era un circo, porque permitíamos a la palomi-

La muerte es como un viaje. Enrique Luna Garzón, 2004.

*Ingeniero Arquitecto, egresado de la ESIA Tecamachalco.

lla observar mientras nos besábamos detrás del patio de una casa que nunca tenía inquilinos constantes, ahí, en la clandestinidad que la cobija de un níspero nos proporcionaba, para los asuntos que hasta ese momento sólo los adultos podían hacer.

El velorio

El cuerpo de la mamá de Carmen llegaría en el transcurso de la noche, informó una de las vecinas presentes. Mientras, los preparativos del velorio continuaban; la casa donde acompañaríamos a la que fue mi vecina, era la misma donde había nacido. Ahí, todas sus hermanas, «las Sánchez», habían vivido desde su infancia, menos su ahora fallecida hermana, que después de unos años consiguió un crédito en su empleo de burócrata del Estado para comprar una casa para ella y su familia, así fue como llegó a mi colonia, así fue como la mayoría llegamos a conocernos.

Al parecer, había llegado muy temprano al lugar, aunque realmente ¿quién llega a estos asuntos demasiado temprano o demasiado tarde?

La fachada de la casa mostraba un nuevo agregado: un gran moño negro, que colgaba de la parte superior del marco de la puerta principal, como anuncio de una nueva pérdida de esa casa blanqueada con cal y de tejas rojas. La mayoría de los acompañantes se encontraban sentados a mitad de la calle, haciendo guardia a la espera de la fallecida bajo una lona que presagiaba una futura lluvia; al parecer no conocía a nadie, pero algo en sus rostros me decía que le eran familiares a mi memoria. Por más que intentaba asomarme al interior de la casa, no logré encontrar a Carmen ni a su hermano, seguramente estaban en el hospital esperando la llegada de su madre, que sería trasladada desde la capital. Decidí sentarme en una de las bancas del parque de enfrente de la casa a esperar que sucediera algo que me fuera entendible.

Poco a poco fue llegando más gente, hasta que llegaron los vecinos de mi antigua calle. Primero fueron los Santos, siempre bien portados y listos para cualquier evento social, por delante venía su madre acompañada de sus dos hijas por detrás, con enormes ramos blancos de flores entre los brazos. Luego llegaron los Canela, los Arcos Oliva y los Rosas, con sus respectivos hijos, a los que hice llorar más de una vez a causa de mis pesadas bromas. Así es como fueron llegando las caras más conocidas de mi infancia, «mis vecinos», que disimulaban al ser mojados por la mustia lluvia que ya había comenzado a caer.

Hugo y su familia llegaron sigilosamente por un flanco del lugar, al parecer tampoco sabían mucho acerca del deceso, también los había tomado por sorpresa en el transcurso del día. La familia de Hugo fue como mi segunda familia, y Hugo como mi hermano mayor, con él encontré la mayoría de las aventuras que podía tener un niño. Robamos cosechas de todo tipo, saqueamos huertos y mutilamos plantíos, nos peleamos con todo aquel canijo que ofendiera nuestro honor; subimos cerros, cazamos aves, cruzamos y nadamos en cuanto río pudimos, las aventuras se consumaron cuando encontramos la adolescencia juntos. Por eso cuando lo vi llegar, con su madre y su esposa, no dude un momento en ir a su encuentro. Me pidieron que les informara la causa de muerte de nuestra vecina y demás datos que los pusieran al corriente.

Todos los vecinos decidieron sentarse en círculo bajo la lona que intentaba protegerlos de la lluvia. Los rostros de las madres eran ya castigados con el efecto que la edad madura procura, las

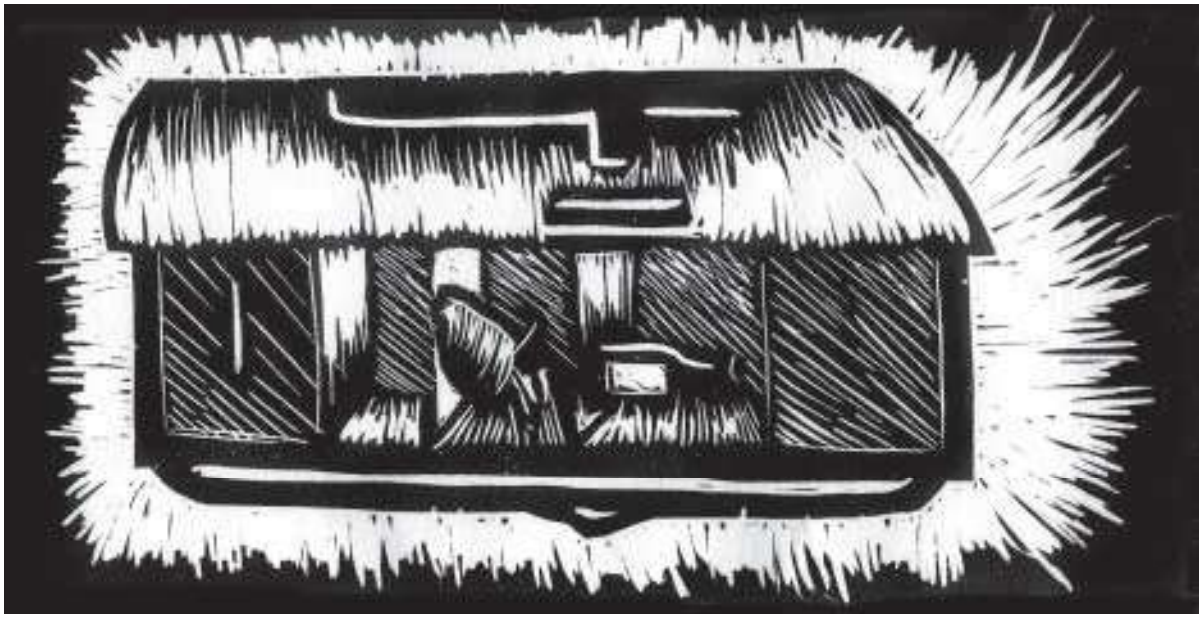

Ilustración: Enrique Luna Garzón.

arrugas hicieron su aparición a pesar de las miles de cremas que seguramente se habrían untado todos estos años. Sus cuerpos, la mayoría mal proporcionados, lucían más cansados y sus voces eran ahora más tenues de cuando gritaban agresivamente a todo volumen el nombre de alguna de sus crías por la calle. La plática entre el grupo se consagró a los problemas triviales de cualquier habitante de una colonia, cosas como la seguridad, la falta de agua potable y demás vicisitudes que le podían suceder a cualquier mujer entrada en los cuarenta. Por el otro lado, los ahora jóvenes platicaban con optimismo sus logros y futuros inciertos, compartían recuerdos que ahora tenían sentido, por encontrarse presentes todos los elementos que los causaron, rememoraban anécdotas.

La llegada de la carroza rompió la cordura de una reunión, que de pronto parecía olvidar lo doloroso del evento por lo efusivo de un encuentro casi familiar. Carmen venía caminando hacia la entrada de la casa con una enorme cruz de madera entre sus brazos, acompañada por una prima, que dejaba ver horas acumuladas de dolor en su rostro, al igual que ella. Detrás, venía la carroza con su hermano dentro, acompañando a un gran ataúd de madera barnizado color natural, con molduras de metal y acabados extravagantes; todos guardaron silencio y con la solemnidad que se acostumbra en un evento marcial, se levantaron de sus sillas de plástico color rojo y blanco, mientras el féretro era

Velorio. Ilustración: Octavio Abrajam y Josué Altamirano Alberto, 2004.

Miriam R. López Juárez, 2004.

internado dentro de la casa. Los llantos y las voces aguardentosas por el afligido grito de dolor eran una constante cada vez más repetitiva. ¿Por qué hija? ¿Por qué hermanita? «No prima», eran las frases más dolorosas, brotaban del silencio, desde dentro del dolor. Acomodado el féretro, todos se dispusieron a dar el pésame a los dos hijos y al padre que resguardaba la puerta principal flanqueado por ellos. Llantos, abrazos y palabras no paraban, todos se notaban preocupados por el sufrimiento de la familia y trataban de decir las mejores frases para reconfortarlos. Yo no pude decirle nada, y sólo abracé a Carmen, la sentí llorar en mi hombro; cuando nos separamos pude ver su rostro cansado y rojo por el llanto, vi su sufrimiento y un rasgo de vergüenza que se confundían con el dolor y la pena. Sólo pude darle un beso en la mejilla y me retiré.

La noche nos castigó de repente con su frío y poco a poco el café y los cigarros comenzaron a tener dueño. Carmen trataba de calmar su adversidad platicando con familiares, amigos y conocidos; unos se retiraban y otros venían al lugar, y la lona que nos cubría daba brincos por el aire que a veces penetraba desde la calle.

El día siguiente llegó sorprendiendo con la madrugada, la mayoría de los acompañantes sintió el

Dolientes. Miriam R. López Juárez, 2004.

peso del cansancio y desvelo, así fue como decidieron que era hora de marcharse y muchas sillas ya no tuvieron ocupantes. Se iban a preparar para el entierro que sería a las tres y media de la tarde, en el panteón municipal, oficiándose una misa en la parroquia de San Mateo para después partir.

Tres cruces. Miriam R. López Juárez, 2004

La despedida

En la entrada del panteón lucía un gran rótulo que de algún modo pretendía dar consuelo a los afligidos visitantes: *«Descúbrete ante la augusta paz de nuestros hermanos, aquí donde terminan las ambiciones humanas».* La carroza llegó y seis hombres de gran tamaño, entre ellos el padre y el hijo, sacaban el féretro para internarlo en el cementerio, otra vez todos guardaron silencio mientras era encaminado hacía su último destino. Al pasar por la pequeña capilla residente del lugar, el ataúd realizó las tres caídas y los acompañantes se persignaron.

La mezcla de cemento ya se estaba preparando, las flores de olor nostálgico comenzaban a ser apiladas alrededor de la tumba y los rostros presentían un próximo momento. Unas palabras se hicieron escuchar, el padre dio las gracias en nombre de la familia, mientras tanto el féretro era introducido a su última morada; el viento disolvía las lágrimas y las palabras eran pasajeras del dolor. La última barra de concreto cubrió la tumba y con ella la última presencia de mi vecina. Todos se enjugaban el llanto; una rama de jacaranda interrumpía con el aire el momento que yo no pude contener y las lágrimas salieron de mis ojos como queriendo ser parte de la cuota que mi vecina necesitaría para pagar la entrada a su nuevo «allá». Una de mis vecinas me tomó en sus brazos y escuché como lloraba también, era lo último, lo irremediable.

¡Cómo es injusta la muerte, cómo es caprichosa y arbitraria!, ¡cómo nos acompaña siempre, nos aconseja y nos decide. Comencé a sentir un gran odio que se mezclaba con el dolor, ¿cómo se iba dejando hijos y esposo?, ¿cómo era de injusto que se fuera sin hacerlo todo, sin conocerlo todo? De pronto vi la tumba sin sentido, sin una composición clara del lugar, me decepcioné y dije para mis adentros «esto es todo, no hay más, sólo esto, qué vacío es el fin de los humanos».

Queriendo ventilar mi rostro, me desprendí de los brazos de mi vecina y me moví a un lugar más tranquilo, comencé a reflexionar y a observar el lugar de la tumba, donde todos se despedían de los familiares y depositaban sus últimas lágrimas como ofrenda de sinceridad. Algunos esperaban un poco más, como si con eso lograran más sinceridad a su dolor. Me acerqué a Carmen y me despedí, pude, ahora sí, decirle unas palabras de apoyo y decidí partir. Dejé atrás el cementerio, que en la puerta de acceso se encontraba ya ocupada con un nuevo contingente de dolor.

Pasé un momento por el centro de la ciudad, donde los recuerdos no dejaban de salir, caminé hacía la terminal de autobuses meditando sobre todo, sobre mí, sobre mis recuerdos, sobre mi angustia; tomé el primer camión que saliera a la ciudad de México.

El camino permitió apaciguar mi dolor, sentía que me alejaba poco a poco de esos recuerdos anteriores tan dolorosos; la carretera disolvía poco a poco la angustia acumulada, removía ese callo carnoso que creció rápidamente en mi interior en el transcurso de estos días. La ventanilla del camión mostraba un cielo amoratado que trajo la lluvia y mis recuerdos cambiaron y se apaciguaron con la sensación de humedad… los rostros mojados de mis vecinos corriendo bajo la lluvia, de nuestras mascotas, de nuestros juegos, de nuestros árboles, de nuestros escondites, y de nuestras madres, desfilaban por el vidrio empañado y escurrido que sintonizaba la imagen de mi infancia